

David Mark

La otra piel
El segundo caso del sargento
Aector McAvoy

Traducción del inglés de
María Porras Sánchez

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

Para Nikki... esto y todo lo demás

«Pero yo les digo: el que mira a una mujer deseándola ya cometi6 adulterio con ella en su coraz6n. Si tu ojo derecho es para ti una ocasi6n de pecado, arr6ncalo y arr6jalo lejos de ti: es preferible que se pierda uno solo de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea arrojado a la Gehena».

Evangelio seg6n San Mateo 5, 28-30

«Ninf6mana: mujer tan obsesionada por el sexo como el var6n medio».

Mignon McLaughlin, *The Neurotic's Notebook*, 1960

Prólogo

«Debería haber pasado la aspiradora», piensa, quitándose una pelusa de la lengua. «Debería haber dejado el salón bonito.»

Siente una presión en los riñones.

«También debería haber echado una meada.»

Se incorpora y se levanta del suelo, cual sirena izándose sobre una columna de espuma, y trata de sacudirse las migajas y los pelos de gato de su pecho brillante.

«Tanto aceite corporal», piensa. «Tan provocativo y tan resbaladizo. Esto va a ser como pelearse con un delfín...»

Suena la alarma de su teléfono móvil. Ya son las diez. Su visitante se retrasa más de lo que le gustaría.

«Serás nenaza», se dice a sí mismo. Y luego exclama, imitando la voz de su padre:

—¡Maricón de mierda!

El chico lleva así un buen rato. Empieza a sentirse incómodo. Sucio, pero en el mal sentido. El deseo comienza a desvanecerse.

Se pregunta si existirá una palabra para describir el sentimiento opuesto a la pasión: la ausencia de lujuria, el momento en que el deseo deja de atenazarte.

Empieza a sentirse un poco estúpido. Un poco indigno.

Trata de pensar en una forma más adecuada para describir la sensación. Le gustan las palabras. Le gusta que lo tomen por una persona elocuente. Siempre utiliza bien los pronombres cuando le promete a un amante que hará realidad todos sus deseos. Pone mucho empeño en sus poemas.

«Desastrado.»

De repente se da cuenta de la imagen tan miserable que proyecta. Ahí, en su pobre apartamento en un bajo, tumbado desnudo sobre la moqueta barata, espantando a su gata cada vez que esta aparece en la puerta del dormitorio para mirarlo fijamente con una expresión burlona de superioridad.

–Cinco minutos más –dice de nuevo, y se pregunta si esta no será otra decepción. Si no habrá malgastado su tiempo y sus expectativas por otro cobarde.

Empieza a notar una quemazón en la zona de la espalda y los hombros por estar junto a la estufa de tres resistencias. Es una sensación extraña. Las otras partes de su cuerpo están tiritando y tiene la piel de gallina. Se da la vuelta, reprimiendo una risita al imaginarse como un pollo en un asador.

–Asado en saliva –dice para sí, y se ríe ante su brazo desnudo.

Vuelve el rostro al resplandor de la estufa. Demasiado calor. Se da la vuelta de nuevo, le preocupa acabar sudoroso y sonrojado. Levanta una mano para quitarse más migas y pelusas de la cara.

El chico ronda los veintitantos, es alto y delgado. En su cara, marcada por el contenido de la moqueta polvorienta que cubre la totalidad de su apartamento de un dormitorio, destacan unos labios carnosos y una nariz demasiado grande. No es un hombre atractivo pero puede ser buena compañía.

–Soy una persona complaciente –dice, dirigiéndose a la moqueta, la boca encajada en el hueco del codo, el aliento con regusto a cigarrillos. Luego se revuelve y trata de ponerse de nuevo en situación.

Está desnudo. Boca abajo y despatarrado en el suelo de su salón. Su cuerpo larguirucho ocupa casi todo el espacio. Ha tenido que apartar el sofá de dos plazas adquirido en una tienda de segunda mano y tirar las cajas de pizza en su habitación para poder hacerle hueco a su visitante.

–Cinco minutos más –repite, reacio a aceptar que la fantasía de esa noche no va a hacerse realidad.

Extiende el brazo para coger su móvil, metido dentro de una de sus gastadas zapatillas de deporte blancas. No hay mensajes nuevos.

Luego lee los más recientes.

«Oh, sí.»

Siente que el deseo vuelve a apoderarse de él. Tiene que cambiar de postura para hacerle sitio a la incipiente erección entre sus piernas.

Empieza a sentir el ansia. Una lujuria lánguida se apodera de sus movimientos.

«Hora de caminar como una pantera», y suelta una risita.

Más duro que el acero. Un bombón.

«Deberías empezar a cobrar, chaval. Estás para comerte.»

De la misma manera que un abstemio que se emborrachara de cuando en cuando a lingotazos de whisky, el placer sexual altera su percepción de las cosas. Comienza a sentirse mejor respecto a la imagen que proyecta frente a la puerta abierta. Sabe que su espalda y su culo le cortarían a cualquiera el aliento: ese tatuaje que se remonta hasta sus hombros y que bien valió la agonía por la que pasó a manos del artista que lo realizó.

Sabrán cómo hacer feliz a su visitante.

De repente se oye un crujido en las escaleras.

Sonríe y la sonrisa le sale temblorosa.

«Allá vamos.»

Arquea la espalda. Se prepara para ser inspeccionado. Levanta el rostro para asegurarse de que el cinturón está donde lo dejó, enroscado como una serpiente.

—¿Es esto lo que querías? —pregunta con voz ronca y sensual.

Durante un momento todo permanece en silencio. El suelo de madera cruje.

Luego siente un peso familiar en la espalda. La sensación de ser aprisionado bajo el cuerpo de otro ser humano. La excitación bienvenida fruto del desamparo que surge al entregarte a otra persona.

Por el rabillo del ojo ve que una mano enguantada recoge el cinturón. Cierra los ojos, está ansioso por empezar a jugar.

—¿Soy tu fantasía? —vuelve a preguntar.

Por fin, una respuesta susurrada al oído: un torrente de palabras excitadas.

—Estás para morirte.

Una sensación repentina, como una punzada que desgarrara la carne, como si intentaran que la nuez se le clavara en el cráneo.

—¡Su nombre!

La saliva se le escapa entre los labios abiertos en un gesto malsano y forma espumarajos que le cuelgan hasta la barbilla, barriendo el polvo y las migajas. Los ojos amenazan con salirse de las cuencas, saltan como burbujas de sopa calentada al microondas...

Un momento después ya tiene las facultades embotadas y enajenadas. Sus pensamientos se contraen y se retuercen.

«Demasiado apretado, demasiado fuerte, demasiado. La fantasía da miedo.»

Y las palabras de nuevo.

—Tu amiga. La de las flores rosas. La chica que se reía.

Confusión y dolor, eso es todo, una sensación de ir a menos, de consumirse, derretirse, fundirse con la nada...

—La chica. Se rio de mí...

La oscuridad se cierne sobre él mientras golpetea con los dedos pringosos y las piernas enclenques el suelo polvoriento.

Un instante de lucidez. Una chispa repentina de entendimiento.

Sabe para qué es todo esto. Sabe por qué está muriendo. Sabe por qué la vida se le está escapando del cuerpo y la poesía de su alma. Sabe lo que quieren. Lo que debe hacer...

La misma voz una vez más.

Pura rabia. Puro veneno.

—La que miraba y se reía...

Ahora siente una rodilla sobre su columna. Arquea la espalda y los dientes se le clavan en los labios y sangran, como también es sangre lo que late en sus oídos...

Quiere pedir clemencia. Quiere suplicar por su vida. Quiere que todo esto termine. Quiere vivir. Escribir y crear. Follar y bailar.

—El nombre. Su puto nombre.

Ahora lo sabe. Sabe que estas serán sus últimas palabras. Sabe que todas las advertencias han sido para nada. Sabe que va a morir y que lo último que haga será cometer una traición.

El cinturón se afloja en su garganta por un instante brevísimo. Las fuertes manos vuelven a la carga.

El chico toma una bocanada de aire. Intenta tragar. Solo consigue que se le escape un siseo antes de que le coloquen de nuevo

el cinturón bajo la mandíbula y mane de sus ojos un reguero de sangre de olor dulzón.

–Suzie...

El nombre es al mismo tiempo un acto de traición y la súplica de un moribundo.